

Las horas extras y las manos que sostuve porque no había familiares, eso es un bono, una especie de gratificación megalomaniaca. Era cuando todo era normal, o así lo creíamos. En realidad había comenzado el deshielo sin darnos cuenta, y los gases seguían agrandando el agujero de ozono.

No hace más de siete días que escuché la transmisión desde la fragata Libertad, anclada en un puerto del norte de Brasil. Las noticias de ayer ya son viejas, el agua sigue subiendo sin prisa pero sin pausa, como si no tuviera otra cosa que hacer más que sumergir parte de los continentes, las zonas más bajas, esas que miden por debajo del nivel del mar, aún por encima, si están situadas en o cerca de la costa. Su destino está escrito: desaparecer bajo las aguas. No hay más techos desprolijos de barrios de pescadores en el sur de la provincia de Buenos Aires, no hay más lanchas amarradas con los lobos marinos agotados, recobrándose sobre las cubiertas impolutas. Ya prácticamente no vemos animales marinos que se acerquen a descansar, ni siquiera a comer desperdicios. Si hasta las dietas les cambio el agua. Ah! Pero en otras épocas, era una obligación rendirse ante el majestuoso cuello de grasa del animal oscuro con ojos pequeñitos. No había vacación en que no trajéramos más de una foto con los animales pesados y dormilones. Era un rito que se perdió, como tantos otros que las aguas hicieron abandonar. No había orilla que valiese dos días seguidos, siempre era un poco más acá. Así empezó, de forma desapercibida, como quien no quiere la cosa, de manera constante y sostenida, a ganar territorio seco.

Años hace que no existe el territorio más austral del mundo, ni el faro del fin del mundo que tantos relatos inspiró desde que se descubrió el continente Americano. Las Islas Malvinas han desaparecido, dejando en nada una disputa que lleva más de doscientos años, dándole fin, la naturaleza, empujada por la displicencia del hombre, a un conflicto que parecía inacabable, por más que se usaran las vías diplomáticas y la embajada del Reino Unido estuviera cerrada desde hace cinco años. Después hubo cambio de gobierno y los dos países volvieron a negociar por la carne.

Las cuestiones políticas, hace tiempo que dejaron de ser lo más importante, al menos en lo que a mi rutina respecta. No soy una inconsciente, claro que me importa la paz mundial, sólo que ahora estoy ocupada en sobrevivir.

El hospital no se vacía, parece ser el punto que aglutina a desamparados y enfermos que no pueden o no quieren escapar. No soy quién para juzgar si algo está bien o mal, pero me preocupa que sólo quedemos tres enfermeras en todo el edificio. Los mismos enfermos, aquellos que pueden, socorren, en un trabajo improvisado y sin preparación, a los que no pueden ayudarse a sí mismos. Anoche, ninguna enfermera estuvo cuando el viejito de la cama diecisiete dejó de respirar en forma normal y tuvo un paro cardíaco, ni cuando la mujer de la sala quince de neurocirugía se quedó sin oxígeno. Bajas aceptables, dirían en el ejército, por eso mismo me fui del Hospital Naval para trabajar como civil, ya no soy la Mayor Jefa de Enfermeras. El escalafón se quedó atrapado en la burocracia, y empecé otra vez. No importaron mis más de veinte años de experiencia en quirófanos, cambié chatas y sueros. Mi Juancito me decía que yo era la columna vertebral del piso, pero nadie me pagaría el favor.

La ropa cayó en la valija como si supiera que debía ocupar poco espacio. Varias lanternas, bolsas de dormir, latas de conservas que encontré en la alacena, agua y mantas que me habían quedado del ejército. Juanito ayudó con los libros, no sé si habría trabajo para un profesor y licenciado de historia cuando todo acabara. Pero por algún lado había que empezar a reconstruir y mi Juanito era muy bueno para recoger los pedazos.

Mi Fiat nos llevó hasta donde pudo, modelo viejo, que no cambié a tiempo, por que creemos que nunca vamos a necesitar huir. La ruta vacía, ni el polvo de los que se alejaron quedó para marcarnos la dirección. Un mapa sirve, pero te encontrás más sola. Los ojos de mi Juanito me leen la mueca y roza mi mano como si temiese que se deshiciera al contacto. No, Juanito, no soy tan débil como te lo hacen creer mi metro y medio de altura. Fui yo la que estuve cuando tu novia de los quince años, rechazó verte de cerca, por las lesiones que te había dejado el accidente, conformándose con dibujar un corazón en el vidrio que los separaba, y el aliento no era suficiente para dejar su marca, corazón que se borró a los segundos de que la chica volteó para irse.

Pensar que aprendió a mover la silla de ruedas casi como un juego, mientras yo no podía llorar a mi difunto esposo.

El accidente había ocurrido en el sur, cuando mi hijo y mi esposo habían viajado para las fechas en que se producía el avistamiento de ballenas. Yo me había tenido que quedar trabajando en

el Hospital Naval, casi todo el turno dependía de las ordenanzas que corrían hacia mí y los turnos que daba la empleada estaban siempre equivocados... Fue otro tiempo, nadie veía tan próximo el éxodo.

Cargando lo imprescindible, nos movíamos lo más rápido que podíamos, hasta que el camión colorado con dibujos de sirenas a los lados y una sirenita enroscada en la tapa del radiador, se detuvo para invitarnos a subir. Era más cómodo, y la silla no molestaba tanto. Mi Juancito siempre se preocupó más por mí que por él mismo y aunque no lo dijera, yo entendía los ojos húmedos que me miraban esperando la queja, anticipando palabras que yo nunca diría. No me iba a quejar de mi propio hijo. A mí nunca me pareció que mi niño fuera diferente, al contrario, aún antes del accidente, era mejor saberlo interesado por la música que temer a que esos que se reúnen en la esquina del bar le vendieran algo para nublarse. Esos que se reunían...

Mi niño tiene a Mozart, Schubert, Brahms, Beethoven, y otros que comparten su herencia sin pedir nada a cambio. Como esta gente, que nos vio caminar a la vera de la ruta, ya a cincuenta kilómetros de la zona de catástrofe, y detuvieron su vehículo para ofrecer llevarnos.

La muchacha es morena y tiene unas castañuelas que encantan a mi Juancito con la música que le faltaba oír. Pasé mucho tiempo, ocupada en el hospital, entre quirófanos impecables, que no me di cuenta de que mi niño ya había crecido. Y lo había hecho solo, porque yo ni me enteré que era él el que me usaba las llaves del auto adaptado a manual. O sí, me enteré, cómo una madre no iba a enterarse de eso? Nunca pregunté a donde iba, de eso sí prefería no enterarme.

Cuando dieron la noticia de la ola por radio, yo no la creí, me parecía imposible una venganza tan acertada de la tierra que ha soportado todo y continúa haciéndolo, transformándose y acomodándose al pulso de los acontecimientos. Hasta que escuché a un geólogo, hablar del calentamiento global, de los restos de la contaminación y las bombas, hasta que no lo dijo una persona aprobada por mis estándares de calidad, no creí en la fragilidad de algo tan eterno como el tiempo. Claro, tanta contaminación, tantos gases en la atmósfera que hacían que los árboles se murieran, que los techos se pusieran verdes, ya no había más lilas en El Paseo de las Lilas.

El hombre que conduce me habla en portugués, le contesto en francés, lo que aprendí en el colegio. Señala hacia atrás, sonriendo, pero los ojos no acompañan el gesto del conductor cansado,

con dolor de espalda y los riñones castigados. Giro para ver una nube azul cada vez más cercana. Pero el hombre sonrío, y eso me tranquiliza.

Yo reciclo la basura, no uso aerosoles, ni tengo una heladera que no esté garantizada por las últimas normas. Ni siquiera fumo. Pero la polución se acumula, poco a poco, un puñado de países inconscientes, cavaron la tumba que nos sumergirá a todos. Muchas firmas hace años que se mudaron, llevando las empresas a zonas altas, la construcción tuvo un empujón muy fuerte, junto a la población de regiones desérticas, mesetas elevadas, poco aptas para la vida humana, y los escasos pobladores autóctonos lo sabían. Lo que no sabían era la cantidad de comodidades que necesita esta gente para sobrevivir.

El camión sigue adelante, ya no siento la urgencia de preguntar adonde vamos porque sé que la ruta va hacia las sierras, donde mi tío y mi hermana nos esperan. Quise que Juancito se fuera antes, pero él se quiso quedar conmigo hasta que yo pudiera viajar. Una noche lo sorprendí mirando por la ventana del piso veinticuatro y llorando, acariciando el diploma de licenciado en historia, nunca había leído en esos ojos que sueño todavía, la desilusión de darse cuenta que no hay mañana para muchos y los pocos que podemos huir de la desgracia anunciada somos los menos. De qué serviría la historia? Para enseñarnos a no repetir, hijo, para no volver sobre los errores.

La zona sur de la llanura había sido inundada por una ola que se adelantó. Todos los primos habían muerto, toda la población, ahogada. Eso me decidió a hablar con el doctor Musse. Lo enfrenté una tarde y le dije que ya iba siendo hora de que se decidiera, que qué iba a hacer con todos los pacientes, había que moverlos, se necesitaba tiempo que no teníamos. Me miró, más viejo de lo que yo lo recordaba y me dijo que tenía barbital y cianuro suficiente. El día siguiente no fui a trabajar. Rodábamos por la ruta con todo lo que había podido embalar, que siempre es poco cuando uno recuerda lo que tuvo que abandonar. Hasta que el auto se quedó sin aceite y acabamos envueltos en una nube negra con olor a petróleo quemado. Caminar por la ruta desierta nos trajo suerte, si puede llamarse a esto suerte. No esperábamos ser socorridos por desconocidos. No imaginábamos siquiera que otros estuvieran en nuestra misma situación.

Ya es de noche y las luces altas no funcionan, el camión continúa su ruta como programado. Y mi Juancito cierra los ojos por unos segundos y se deja acariciar la frente por los dedos largos y

suaves de la muchacha. Mientras duerme le cambio la bolsa que ya está repleta, la muchacha no deja de mirarme con la sonrisa que había cautivado a mi Juanito. Habría esperado que le diese asco, pero sostiene con más decisión a mi Juanito y lo arrulla con una canción desconocida de poderes hipnóticos.

Nos acercamos a destino y los invito a descender, mis parientes hace tiempo que reciben viajeros. Mi tío y mi hermana son buena gente en el fondo, considerando todo lo que atravesaron y todas las pérdidas que sufrieron, aceptan que los viajeros desconocidos se queden en un galpón acondicionado para estas emergencias.

El mate amargo para engañar el estómago, fue lo primero que compartimos. Las brazas al rojo y un dorado de cinco quilos, de criadero, claro está, hace tiempo que desaparecieron de los ríos los peces más codiciados. Al lado del asador, Juanito espera ser útil en algo y mi hermana le da el pan casero para que lo corte en rebanadas.

En la casa de campo, Juanito no dejaba de mirar a la muchacha de las castañuelas. Yo, al conductor del camión, que con su facón cortó el bocado que se llevó a la boca y lo veo masticar con hambre y sin culpa. Hacía tres días que se les habían acabado las provisiones. Le ofrezco otra porción y no doy tiempo para que me la niegue, sea por gentileza o por pudor. Una vez saciado el hambre, mi Juanito sale a ver las nubes con la muchacha. Los veo desde la ventana de la cocina, él habla de lo que podrá hacer en tierras altas, una escuela, con seguridad, y la muchacha se sienta sobre sus piernas inofensivas y rodea el cuello de mi Juanito con un brazo musculoso y moreno. El idioma no es un obstáculo. Cierro la cortina de tela escocesa para permitirles la privacidad que se merecen.

Al día siguiente me despierto con el ruido de la sintonía de la radio de onda corta. Las palabras no sobresalen del ruido de fondo que se hace cada vez más fuerte. El hombre que conducía el camión me ofrece un mate amargo. Escucho la palabra que me eriza los pelos de la nuca: víctimas fatales. El pan me cae pesado y la manteca me da asco, es cuando veo a la vaca flaca atada al palenque, al resguardo de las gotas de lluvia. Sí, porque además llueve. Voy hasta el naranjo y saco algunas frutas maduras. Mi Juanito me mira y susurra algo al oído de la muchacha que lo abraza y ríe. Él gira con la silla, siempre me dio miedo que hiciera eso. Volteo hacia el galpón y veo

la nube azul, que paso desapercibida para la joven pareja. Las naranjas caen al suelo y al oír mi grito, todos salen de la casa. No tardamos en volver a subir al camión colorado, esta vez somos dos más, mi hermana y mi tío se acomodan en un rincón más reducido de lo que hubiera pensado necesitarían. El hombre que conduce ya no se ve relajado, frunce el ceño bronceado por el sol de muchos amaneceres, porque es el único sol bueno que nos quedó. Parece que ya no le hace gracia escaparle al destino, es como si una noche de descanso lo hubiera vuelto amargo. Ya no le dolía la espalda, era algo peor. Hace el cambio con la derecha aferrada a la manija redonda, con dibujos iguales a los de la carrocería, dibujos de un mundo fantástico, irreal, perdido. Mi hermana sacó el rosario y mi tío se muerde los labios, con el gesto que hacía mucho que no le veía, desde que murió su esposa. Volteo para ver la nube azul cada vez más cerca. La muchacha le cambia la bolsa a mi Juanito mientras canta la canción hipnótica que le había escuchado. Giro sobre mi misma, sólo miro lo que hay por delante, sin prestarle atención a los espejos retrovisores. Escucho la tonada de la muchacha y la respiración de mi Juanito

Pseudónimo: Julia Casas